

DON POLI

Un capricho de la patrona le impuso al nacer el nombre: Polidoro.

Lllamarlo así era colocarlo desde la infancia bajo la protección del patrono de la hacienda, y sus padres accedieron con deferencia y sumisión a los amos.

Pero el nombre era de difícil recuerdo para las memorias campesinas; lo apocoparon, lo desformaron y cuando el niño era ya mozo, le llamaban: Poaliro.

Se casó, tuvo hijos, peinó cabellos grises, mereció un tratamiento de más respeto y las gentes le llamaron desde entonces: don Poli.

Era un hombre de baja estatura, algo obe-

peto y prestigio alcanzada en cuarenta y ocho años se vino al suelo.

Don Poli pasó a ser el viejo Poli...

Guadalupe asumió el gobierno doméstico y con él todas sus responsabilidades y todos sus beneficios; porque don Poli no cuenta ya para nada y apenas si los compradores y traficantes, cuando van a tratar sobre algo, se informan del viejo con socarronería:

—¿Y qué hace Poli?

—¡Vaya un tejo!

La mujer declara:

—Ahí anda el sinvergüenza... a su edad.
¿Dónde se ha visto tal cosa? En tomas siem-



so, de pelos tiesos y colorines. Y su carácter, un pozo de bondades. Trabajó e hizo ahorros que más tarde la habilidad de su mujer supo multiplicar. Consiguió crédito y ciertas consideraciones de que usaba con economía y provecho. Para nadie era un secreto que la vejez de don Poli iba a ser la coronación de una vida de bravos ejemplos: un ejemplo don Poli.

Pero he aquí que al hombre le da por beber... y bebe: al principio, todos consideraron, incluso su mujer Guadalupe, que era una satisfacción—feona si se quiere, pero harto bien ganada. Más tarde, el empeño horrible que puso en satisfacer su vicio, originó censuras y pesadumbres y amonestaciones. Por fin, los ánimos se revelaron y toda la obra de res-

pre... Bien dicen, señor, que el licor es como la zarza: donde cae brota y no hay como sacarla. Es cristiano perdido... Si lo que espanta es que a su edad haya empezado... ¡Bonito ejemplo para los niños!

Pero don Poli no entiende: económicamente descansa en Guadalupe y moralmente, en su repetida convicción de que no habiéndole hecho mal a nadie, puede confiar en que nadie le hará mal. Tiene por su mujer respeto exagerado; no es miedo, pero le gusta demostrar terror, y por eso—cuando de regreso de una de esas tomaduras que lo dejaban laxo y acardenalado, dobla el recodo del camino y columbra la casa—se afirma en un álamo y clama con voz dolorida:

—¡Guadalupe! ¡Guadalupe!



—Ahí llegó don Poli, dicen los inquilinos.

Y él grita:

—¡Guadalupe, hija! ¡Guadalupe!...

La mujer sale a la puerta; no ignora que de otra suerte don Poli es capaz de pernoctar junto al álamo sin avanzar un paso.

—Anda, viejo sinvergüenza...

—¡Guadalupe, por Dios! Hecho astillita vengo...

Y avanza hacia el hogar, doliéndose...

—Hecho tricitas... ¡Ay! Guadalupe.

Duerme la borrachera, después de recibir pescozones y retos. Y cuando se levanta, va a sentarse sobre la piedra de molienda, en el corredor; lía un cigarro y reflexiona, aquilutando el precio de la pasada tomadura. A veces le salen caras: todo el dinero que llevaba, más el poncho... y la montura, señor, que se le dejaron descabalada: sin peleros, sin chicotera y sin lacillo... ¡Qué bien hizo en no poner el lazo! Y se duele muy sinceramente de lo sucedido; hace deducciones: a continuar las cosas así irá a parar abajo. ¡Qué puede durar en tales condiciones? ¡Ni aún cuando se decidiera a la corazonada de no pagar lo que quedó debiendo en "El Crédito del Pobre"! Pero luego recuerda a Guadalupe, a su mujer. Tan sufrida la pobre!... Y descansa en ella y un reconfortante optimismo lo hace juzgarse con menos severidad. Y a medida que el cigarro de hoja se consume debajo de su mostacho verdo-so y colorín, don Poli domina la situación, se posesiona del mundo y de las cosas y le planta a sus angustias este remate firme como una lápida:

—El cristiano tiene su sino, aunque digan lo contrario.

Guadalupe me dijo un día:

—Su mercé puede hacerme un servicio: hablarle a Poli. No le hace caso a nadie, pero a Ud... Métele miedo, amenácelo... Es desgracia muy grande, señor, que a su edad haga lo que hace. Los niños, ¿qué respeto van a tenerle? Bueno está que yo cargue con todo y todo lo haga; pero para algo está el hombre en la casa... No puede su mercé carcular lo que este viejo se ha tomado.

Prometí la intervención para un momento oportuno; había que hablarle sobre sano, porque en el otro estado...

Y llegó la ocasión.

—Oye, Poli—le dije al toparlo en el camino.—Está bueno que te moderes. Lo menos que te va a resultar es que concluirás por morir alcoholizado. ¿Qué es eso de tomar y tomar y tomar? Aparte de esto si empiezas con escandalitos habrá llegado la hora de no guardarte consideraciones y hacerte meter en chirona. Bueno es que el hombre se

divierta, pero eso de darle y darle sin descansar al codo...

Me escuchó gravemente, la cabeza gacha y la actitud sumisa. Balanceó la testa como aprobando mis observaciones. Esperaba una disculpa; pero él me dejó terminar y luego me dijo:

—No se esté creyendo su mercé que todo ha de ser así. La verdad es que al cuerpo no hay que darle gusto. ¿Pide agua? No hay que darle agua: póngale vino... ¿Pide vino? Bueno, se le da vino; porque no todo ha de ser rigor...

No era fácil replicarle; pero cuando la mujer ha vuelto a solicitar mi intervención le he recomendado de todo corazón:

—Guadalupe, déjelo tomar...

RAFAEL MALUENDA.

